

# EL AMIGO DEL PUEBLO.

BIEN AVENTURADO LOS QUE HAN HAMBRE I SED DE JUSTICIA, POR QUE ELLOS SERAN HARTOS.

Imprenta del Progreso plaza de la Independencia, número 36.

## EL AMIGO DEL PUEBLO.

JUÉS 11 DE ABRIL DE 1850.

### LOS GUARDIAS NACIONALES.

ARTÍCULO I.

En estos instantes de movimiento político, debe el pueblo levantar su voz i esponer sus necesidades a los que gobiernan.

La clase obrera ha pasado hasta hoy desapercibida para los hombres públicos que han dirigido los destinos de Chile; i ha llegado el tiempo en que esa clase numerosa i activa adquiere conciencia de su poder. Deber es de los que mandan prevenir ese momento en que cansado el obrero de trabajar sin fruto i sin proteccion, reclame por la fuerza lo que no ha podido conseguir con la calma i el sufrimiento.

Una de las instituciones sobre la que deben caer las miradas de los hombres de reforma i de liberalismo, es la guardia cívica.

Los artesanos, al alistarse bajo las banderas de la guardia nacional, van a entregarse a la voluntad de algunos jefes que los explotan en beneficio de los que mandan. De este manera cincuenta mil cívicos derramados en toda la República, son otros tantos pasivos sostenedores del poder i otros tantos enemigos con que el pueblo se enfrenta a su frente en el día de la lucha.

Hasta hoy la guardia nacional ha sido apellidada la sostenedora del orden; i efectivamente se la ha empleado casi siempre en defensa de ese orden de veinte años tan funesto a las libertades públicas.

Los cívicos han sido hasta ahora juguetes del poder!

En los días de entusiasmo popular, cuando el aire ha resonado con algunos gritos de libertad, el poder ha empleado a los soldados cívicos en apagar ese entusiasmo i ahogar esos gritos. El artesano bajo la cascaca del soldado, se ha visto obligado a cullear a su hermano que bajo la toaca mancha hacia parte del pueblo entusiasmado.

En los momentos de una eleccion popular, no ha sido menos vergonzosa la misión del soldado cívico. Se lo ha conducido a las mesas receptoras, se le ha obligado a vender su conciencia i a traicionar sus simpatías. Si alguna vez ha querido hacer respetar sus sentimientos, si en alguna ocasion ha reclamado por su independencia tan bruscamente hollada, se lo ha castigado apli-

cándole las penas que la ordenanza militar impone a los *revoltosos*.

¿De dónde nacen estos males que pasan tan directamente sobre el artesano, i que anulan su independencia i sus derechos como ciudadano chileno?

No nacen, como quieren suponer algunos, del carácter de nuestros obreros. No nacen de la monstruosa organizacion que tiene hoy en Chile la guardia cívica.

Los hombres que quisieron apoderarse de la clase obrera para explotarla en beneficio de su poder, procuraron encadenarla de tal modo que al menor amago, a la menor alarma pudiesen con facilidad condenarla i dar a esta condenacion los visos de legalidad. Con este pensamiento, al reunir en cuarteles a la clase de artesanos, la pusieron bajo el imperio de las leyes militares. Impusieron al hombre que tomaba un fusil con el fin jeneroso de encontrarse pronto a la defensa de la República, las mismas obligaciones que al hombre mantenido por el Erario público, para que esté dispuesto a combatir por el capricho de los que mandan. De aquí ha resultado que el artesano tan activo, tan orgulloso con la conciencia de la libertad de que goza por su trabajo, pierda en los cuarteles cívicos su dignidad

Los avisos de las suscripciones se publicarán gratis i los demas se cobrarán por cuantía de ellas por las columnas primeras de cada número. No se cobra de nadie nada remitido en contra de la ley. Las correspondencias de los señores que deseen ser publicados en el periódico de la Capital se remitirán a la oficina del diario.

## FOLLETIN.

### EL COLLAR DE LA REINA.

Por Alejandro Dumas.

#### LAS PREDICIONES.

PROLOGO.

#### CAPITULO III.

LAPETROUSE (Continuacion.)

Todos escuchaban, i cuando no se oyó nada, todas las miradas se hallaron reunidas sobre Cagliostro como por una fuerza superior.

En ese momento habia en las facciones de este hombre una iluminacion púrpura que hizo estremecer a los convidados.

Durante esos instantes reinó un silencio extraño.

El conde de Haga lo rompió el primero, diciendo:

—¿Por qué no le habéis respondido nada, caballeros?

Esta pregunta era la expresion de la ansiedad jeneral.

Cagliostro se estremeció, como si esta pregunta le hubiese nacido de su contemplacion.

—Porque—respondió al conde,—me hubiera sido preciso decirle una mentira o una cosa cruel.

—¿Cómo así?

—Porque hubiera tenido que decirle señor de Lapeyrouse, el señor duque de Richelieu tiene razon en decirnos alios, i no basta la vista.

—¡Oh!—exclamó Richelieu palideciendo,—¡qué diablo!... señor de Cagliostro, ¿ese que decís es por Lapeyrouse?

—Tranquilízase, señor mariscal,—repuso vivamente Cagliostro;—no es para vos para quien se vive la predicción.

—¿Cómo?...—exclamó madama Duberry;—¿ese pobre Lapeyrouse que acaba de borrar la mano?

—No solo no valecerá a borrarla, madama, sino que no volverá a ver jamás a los que acaban de dejar esta noche.—¡Oh! Cagliostro considerando atentamente su vaso lleno de agua, en el que, por la manera en que estaba colocado, brillaban capris lunceos de un color de ópalo corcinda transversalmente por las sombras de los objetos que lo rodeaban.

Un grito de asombro salió de todas las bocas.

La conversacion habia llegado a un punto en que cada minuto aumentaba su interes; i por el aire grave, solemn i casi ansioso con que los asistentes interrogaban a Cagliostro, ya son la voz o bien son la mirada, cualquiera habria dicho que se trataba

de predicciones infalibles de un oráculo anti.

En medio de esa preocupacion, recordando el señor de Favras el sentimiento jeneral de levante, hizo una seña, i se fué de puntillas a observar a habia en las estancias algun criado escuchando.

Pero a la sazón, como hemos dicho, la casa del mariscal de Richelieu era una casa de mucho orden, i el señor de Favras no habió en la antecámara mas que a un viejo mayordomo que seceró como un conejito en un puesto avanzado, defendiendo las sienes del conde en la hora solemne de los puntos.

Volvió a ocupar su puesto i se sentó haciendo señas a los convidados de que estaban solos.

—¿Por qué no?—dijo madama Duberry respondiendo a la seguridad del señor de Favras, como si se hubiese sentido en otra voz,—contadnos lo que le espera al pobre Lapeyrouse.

Cagliostro miró la erbera.

—¡Vamos, vamos, señor de Cagliostro!—dijeron todos los hombres.

—Sí, es lo implícito.

—¡Pues bien! el señor de Lapeyrouse parte, como él os ha dicho, con la intencion de dar la vuelta al mundo, i para continuar los viajes de Cook, del pobre Cook, que ya estaba fué asesinado en las islas Sandwich!

—¡Sil! ¡Ya lo sabemos!—exclamaron todos, más bien con la cara que con la voz.

—Todo prepara un feliz resultado a la empresa. El señor de Lapeyrouse es un excelente marino.

i se cambia en ciego servidor de sus jefes.

Hai, pues, dos existencias en nuestra clase obrera: la una llena de dignidad i de vigor, que revela al hombre independiente i republicano; la otra atada, mezcquina i propia de un siervo. La una se desarrolla a la sombra de los talleres, la otra bajo la mirada de los jefes del cuartel.

La una eleva al hombre, desarrolla su inteligencia i lo prepara a una mejor vida; la otra enerva la energía i por consiguiente estrecha al pensamiento i le impide ese vuelo que inspira mas ambición i mas dignidad.

Preciso es ya destruir esas barreras que impiden al obrero surgir i ambicionar. Preciso es ya arrancarlo de la influencia de esas leyes trinitarias con que lo atemorizan i lo abaten.

Désela en buena hora un fasil i prepáresele en el ejercicio de las armas; pero hágasele entender que esa arma cuya muneja aprende, no debe servirle para apoyar al poder, para conservar lo que los retrógrados llaman *orden*; que esa arma no ha de dirigirse jamás contra el corazón del pueblo, sino en su defensa i en su protección. Cuando el soldado cívico tenga la conciencia de estas verdades, cuando se presente armado i decidido a sostener los derechos de sus hermanos, llegará a ser imposible que la República sufra la tiranía de un hombre o de un partido.

Lo que en la actualidad es un amparo que aprovecha al poder, llegará a ser entonces una fuerza mas con que cuenté el pueblo para vencer. El día en que esto suceda no está muy distante: el artesano, va ganando terreno en el camino de la civilización, i al mismo tiempo va separándose de ese círculo estrecho en que lo habían

encerrado, las preocupaciones de nuestra sociedad i esas bárbaras leyes que pesan todavía sobre él.

Ya que contamos con una Cámara de Diputados en donde han superado las ideas de la libertad i de la reforma, invitamos a nuestros hermanos del pueblo para llevar ante ella la queja contra esos males. Allí los legisladores de la República podrán remediar esas necesidades, sin que sea preciso destruirlas con golpes violentos. Destiérrense de los cuarteles cívicos esos códigos militares según los cuales se juzga al obrero; queden abolidas esas duras penas que infaman i perjudican al cuerpo i a los intereses del individuo que las sufre. En código mas equitativo, mas propio de hombres libres, reemplácese esas leyes hechas en beneficio de la tiranía.

#### VARIACIONES.

El año 10 i el año 50.

FANTASÍA POLÍTICA.

AÑO 10.

No os asombrais al verme aparecer entre los vivos. Bajé al fondo del pasado para conservarme allí inmortal. Di lugar en mis días a tantas hazañas, se alzaron con el sol que me alumbraba tantos hombres ilustres, que el tiempo ha querido conservarme intacto como un monumento de esas pasadas glorias.

Me figuraba, al volver al mundo, que me encontraría viejo i raído delante de los vigorosos años que corren; pero me he engañado. En que consiste que con el peso de tantos días esté tan fresco i robusto como vos que habeis apenas aparecido a la

vida? Os encuentro vestido como yo lo estaba en mis tiempos, antes que me diesen un nuevo ropaje los entusiastas hijos de la libertad. ¿Por qué habeis arrojado los vestidos que ellos me dieron i que dejé en herencia a mis sucesores?

AÑO 50.

Esa herencia fue conservada respetuosamente durante un largo tiempo; mas los hombres cambiaron de repente. *¡Valeamos a tras!* dijeron; i he aquí que destruyen en pocos momentos la obra de tantos sacrificios. Sin embargo, ese edificio de gloria aun no se ha derrumbado. Conserva sus columnas i bien puede sostenerse todavía en medio de la devastación. Hai es verdad que la libertad apenas osa mostrarse en las plazas públicas, apenas habita con temores en uno que otro corazón republicano. Se la persigue, se la mofa. Sus defensores sufren; pero combaten. El resultado de la lucha es incierto: falta la fe, falta el entusiasmo. Dios vele sobre la República.

AÑO 10.

Esta inconsecuencia de los hombres actuales ha ido a sacudirme en medio de mi profundo sueño. Como representante de la libertad que hoy se persigue vengo a sostenerla. ¡Ojalá conmigo hubieran vuelto al mundo los hombres que me dieron celebridad. Yo llevo gravados sobre mi frente los nombres de Infante de Argomedo, de Ezzaguerre, Ervazoz, Salas, Ovallo, Carrera, Loco, Rosas, Lastra, Larrain etc. ¿Se ha perdido acaso en las venas de sus descendientes la sangre que inflamó entonces a esos sacerdotes de la República?

AÑO 50.

El egoísmo i la indolencia reinan i triunfan

i ademas el rei Luis XVI le ha tratado hábilmente en su guerra.

—Sí, —dijo Condorcet, —el conde de Haga; —el rei de Francia es un hábil jeógrafo, pero es verdad, señor de Condorcet.

—Mas hábil de lo que en rei necesita ser, —respondió el marqués. —Los reyes no deberían conocer nada mas sino por la superficie, de ese modo quizás se podrían guiar por los hombres que les conducen a fuera.

—Es una buena idea, señor marqués, —dijo Condorcet con entusiasmo.

—Oid No, señor conde, —respondió, —es una simple reflexión, una jenialidad de Gfón.

—Conque marchen... dijo melancha Dubarry apresurándose a cortar toda conversacion particular, i dijo sea a hacer que la conversacion general se desbase del centro que habia tomado.

—Conque marchen, —repitió Cagliostro. —Pero, a pesar de haberme parecido tan persuasivo, no creéis que va a recibir susguilho, oo, lo está viendo perder mucho tiempo en Brest.

—Es hábil, —dijo Condorcet, —porque es la época de las salidas, i ya es un poco tarde, pues mejor hubiera sido haberlo oír en marzo.

—Oid No, la vituperación por vos dos o tres meses, señor de Condorcet; para a lo menos durante ese tiempo vivo i seguro.

—¿Supongo que la habrán dado buena compañía? —dijo Richieu.

—Sí, —respondió Cagliostro, —el que manda el segundo buque es un oficial distinguido; lo está viendo, joven aun, arriesgado, i desgraciadamente valiente.

—¿Como desgraciadamente?

—I bien; al cabo de un año busco a ese amigo, i no le veo mas, —dijo Cagliostro con inquietud consultando su reloj. —¿No es ninguno de vuestros parientes ni allegados del señor de Langlet?

—No.

—¿No le ha conocido nadie?

—No.

—I bien; la muerte comenzó por él... Ya no le veo.

Un murmullo de espanto salió del pecho de los asistentes.

—¿Pero él... él... Lapeyronet... dijeron muchas voces susurradas.

—El voga, ahora, se embarca... Un año, dos años de navegación feliz... Se reciben noticias suyas... I largo.

—¿I largo?

—Los años pasan.

—En fin?

—En fin, el Océano es grande, el cielo está cobrío... Aca i allá surgen tierras inexploradas; acá i allá figuras repugnantes como los monstruos del archipiélago griego acechan el buque que buje en la inmensidad por entre los arrecifes arrebataado por las corrientes; es fin la borrasca, la borrasca mas hostil que la ribera, luego fuegos sinestros...

¡Oh! ¡Lapeyronet! ¡Lapeyronet! Si pudieras verme, te diria: Te partes como Cristóbal Colon a descubrir mundos Lapeyronet, te te bes de las islas desconocidas!

Cagliostro se calló.

Un temblor glacial se apoderó de toda la asamblea mientras que sus vibraban en sus oídos las últimas palabras.

—Pero ¿porqué no haberle advertido? —exclamó el conde de Haga, sufriendo como los demás la influencia de aquel hombre extraordinario que ajitaba todos los corazones a su alrigo.

—¿El rei? —dijo melancha Dubarry, —¿porqué no mandar a detenerle? La vida de un hombre como Lapeyronet vale muy bien el viaje de un correo, querido maricón.

El mariscal comprendió i medio se levantó para para irle de la compañía.

Cagliostro estendió el brazo, i el mariscal volvió a sentarse en su sillón.

—¡Ah! —prosiguió Cagliostro, —Será inútil tratarlo; el hombre que vive el destino no lo cambia. El señor de Lapeyronet se retiró, el juicio no me valdria, como se veian los hijos de Plutón cuando Casandra profetizaba. Pero mirad; vos mismo os veis, señor conde de Haga. Fríos a excitar la risa de vuestros compañeros. ¡Oh! No os preocupéis, señor de Condorcet, ni vos tampoco, señor de Ferras; jamás he hallado un oyente crédulo.

—¡Oh! nuestros creemos —exclamaron desde un Doberry i el viejo duque de Richieu.